

## La edad instantánea

**L**OS ateos pueden tener razón, incluso la Razón, pero los católicos tenemos la Navidad". A pesar de su inconfundible sonido, la frase no es de Chesterton, sino de un viejo ultramontano de mi pueblo que salta indignado de una conferencia del estilo de las que antaño pronunciaban los de la Institución Libre de Enseñanza, algo así como "Génesis y estructura de la vida a la luz de las últimas Investigaciones biológicas". Después de un incompleto pero hermoso recorrido por el ácido de-oxirribonucleico, el carbono, la rotación de las proteínas globulares y otros conocidos tópicos científicos de lo contemporáneo, al escandalizado integrista no se le ocurrió otra cosa en el coloquio que preguntar al ateo oficial por el preciso papel del Creador en todo ese berenjenal. "Caballero —le espetó el materialista, disfrazándose de Laplace—, no he necesitado utilizar esa endeble hipótesis para demostrar lo que he demostrado".

Son los placeres de la vida provinciana. Están muy equivocados quienes creen que el alejamiento material y espiritual de la Capital del Reino se debe exclusivamente a la tranquilidad rural, a las gallinas, al fracaso profesional, al desengaño amoroso o a la no correspondida pasión por la Naturaleza. Algo hay de eso, cierto, pero también es necesario tener en cuenta los encantos culturales declamónicos para entender rectamente nuestra muy incomprendida extravagancia, que frases como las anteriores ya sólo se encuentran de Pascuas a Ramos en las estanterías de los libreros de viejo de la calle San Fernando o de la Cuesta de Moyano.

El caso es que el apócrifo discípulo de Chesterton me hizo reflexionar en medio de la tranquilidad, las gallinas, el fracaso, el desengaño y la Naturaleza. Andamos todo el curso ejerciendo de nihilistas, de dialécticos, de analíticos o de nuevos filósofos, a vueltas con nuestras inocentes teorías de gabinete, y resulta que somos incapaces de profanar el estúpido y tedioso ritual de la Nochebuena. Nos pasamos el año civil echando pestes contra la moral familiar, el horror conyugal, la trampa sexual y la perpetua frustración parejera, pero cuando llega la Navidad nos convertimos en figurillas de nacimiento en el bochornoso acto de ofrecer devotamente el pavo, el sándalo y la mira a la Sagrada Familia.

Todo está permitido, por lo visto, menos que el 24 de diciembre nos pasemos la noche en un hotel de dos o tres estrellas dándole tranquilamente al "porro" o al whisky, según generaciones, huidos de La Internacional Familiar. Refugados en un poema de Eliot, inmersos en un concierto de Eric Clapton o enfangados con furor antiguo en un cuerpo sin pasado y desprovisto de futuro. De las infinitas coartadas que tramamos para justificar nuestra injustificable debilidad navideña, acaso la más sorprendente de todas sea la que habla de la gran tristeza que produce la soledad en tan señaladas fechas. Precisamente el paradigma universal de la tristeza, la tristalid, como quien dice, consiste en el falaz reunionismo que provocamos en tan señaladas fechas: rodeados por todas las partes de seres hostiles dispuestos a derramar la lágrima a la mínima ocasión, representando

por narices la ceremonia de la felicidad hogareña al estilo de las películas de Frank Capra, soportando estoicamente el impío recitado de esos electrizantes lugares comunes que se repiten con precisión matemática, astronómica, acompañados "contra natura" para conjurar la liberadora posibilidad de una soledad sin fronteras.

Realmente, el rito es más antiguo que el pensamiento —ahora sí: es Chesterton en persona—, y, por eso, cuando se acerca la Navidad temible, los progres abandonan las comunas, la marginalia, las alternativas, los whopper de los Burger King, los "pubs" y la mandanga, y hacen cola disciplinada ante las taquillas de la Renfe e Iberia para no darle un soberano disgusto a la suegra, a la abuela, a la tía, a la divorciada, a la hija de la madre que los parió. Son los progres de alzada: curiosas comunidades de trashumancia

ideológica que, cuando acontece la invemada, dejan apresuradamente los pastos contraculturales y se disponen a festejar por unos días el dudoso asunto historiográfico de Belén. Y lo hacen como si tal cosa, como en diciembre del 42: con el mismo menú, con el mismo villancico entre dientes, con la misma representación de la felicidad, con la misma conversación, con la misma escenografía, con el mismo tedio.

Si, nos esperan en Navidad para hacerlos comulgar con las ruedas de molino del nacimiento. Saben en su arcana astucia que la excepción es el curso, el pensamiento, y que la regla es la Nochebuena. Está en lo cierto el integrista de mi pueblo: las fuerzas de la razón —y de la sinrazón, que tanto montan los pobres— no prevalecerán mientras sigamos cobriendo el chantaje sentimental y osemos sacrificar por unos días los profanos espíritus de Nietzsche, Althusser, Wittgenstein y Barthes, para no darle el disgusto del siglo a la Familia Sagrada.

Mientras la progresía no tenga el valor de ofrecer a la Navidad una alternativa sin complejos, un gran festival a fecha fija de la razón/sinrazón, aquí no pasará nada. Fue la única genialidad del muy silenciado Comte: el positivismo aquel tuvo su oportunidad histórica, pero no en la filosofía, sino en la divertida liturgia racionalista que ofreció. Está visto que a los hombres no nos cambian las ideas o las doctrinas, sino los calendarios, las fiestas, las ceremonias, las cenas con pavo y las canciones lloronas. Andamos a vueltas con la revolución de los mitos, y de lo que se trata, en el fondo, es de la reforma de los ritos.

De todas las maneras, no todo es amargura. Nuestro consuelo consiste en observar con atención el insensato esfuerzo de modernización que está haciendo la Iglesia católica para adaptarse a los nuevos tiempos. Empezaron por sustituir el gregoriano por un folk, sin sexo musical, después decretaron el acabamiento del latín, ahora nombran a un Papa con novia, con rebeca, con músculos y con esquis. Cualquiera día homologan la festividad del Belén a la del Calvario, las Navidades a la Semana Santa. Todavía no se han dado cuenta de que el único futuro que tiene la religión, cualquier religión, es el ritualismo, es el integrismo. Que Dios les conserve por mucho tiempo ese espíritu de renovación. ■

## LA NAVIDAD DEL POBRE

JUAN CUETO ALAS

tal vez qué opina el resto de Madrid y no sólo el palacio de la Moncloa, llamado injustamente "Madrid". El calendario casi agotado para la recuperación de una Generalitat democrática se llenará de pronto de nuevas hojas, hojas imprevistas, aunque previsibles, hojas ucedistas, hojas incomprensiblemente tarradellistas, hojas, en fin, que pueden llevar la elección del Parlamento de Cataluña y del nuevo presidente de la Generalitat del inicialmente previsto verano al fondo del invierno próximo y quién sabe si a la primavera de 1980.

Cataluña parece que sea, a la vista del tratamiento que le dan Tarradellas y el Madrid al que el presidente se refiere, un enfermo de males izquierdistas, aunque moderados, que necesita tiempo para su recuperación. Y parece que se está dispuesto a conceder el tiempo que sea necesario a esa convalecencia. Falta, sin embargo, un dato fundamental en todo el proceso: saber si los catalanes, que aspiraban a convertirse en beneficiarios —y solidarios con el resto de España— del Estatuto más madrugador, estarán dispuestos a guardar cama tantos meses como los facultativos de la derecha recomienden. ■

por Madrid: el ministro Martín Villa.